

CAPITULO CLXXV.

Año de 1809.—Se reorganizan los ejércitos españoles.—Batalla de Valls y muerte del general Reding.—Sout en Portugal.

El corto espacio de que ya podemos disponer, por una parte, y la necesidad de tener que atender á los múltiples accidentes á que daba lugar la guerra que en todos los puntos de la Península se estaba haciendo á los franceses, nos ha obligado en nuestros capítulos anteriores á no hacer más que apuntar algunos hechos, á fin de no perder el orden cronológico de los mismos, sin perjuicio de detallarlos particularmente en los capítulos sucesivos, según su importancia requiera.

Hecha esta salvedad, nos ocuparemos de algunas de aquellas acciones importantes que no hemos hecho más que indicar en nuestros anteriores capítulos.

Las recientes pérdidas sufridas en los últimos combates de 1808 hacían necesaria una pronta reorganización del ejército, y esto fué precisamente lo que estuvo haciendo el conde de Cartojal, que había sucedido al duque del Infantado, en 17 de febrero de 1809, en el mando del ejército del Centro.

Diez y seis mil infantes y unos tres mil caballos pudo reunir, y sus operaciones debían combinarse con las del general D. Gregorio de la Cuesta, que mandaba el ejército de Extremadura.

Bajo malos auspicios dieron comienzo las operaciones, pues el conde de Cartojal sufrió una derrota de consideración el 27 de febrero, viéndose precisado á refugiarse con las reliquias de su ejército en Despeñaperros.

No estuvo más afortunado el general Cuesta en Extremadura. El día 27 de marzo, al frente de veinte mil infantes y dos mil caballos, dirigió sobre Medellín resuelto á presentar batalla á su contrario.

El general Víctor, que mandaba las fuerzas francesas, no la rehuyó, y al día siguiente ambas huestes arrojáronse á la pelea, presentándose ésta favorable en los primeros momentos á los españoles.

Pero de repente la caballería española, que precisamente constituía el apoyo de nuestra ala izquierda, declaró en vergonzosa huida.

Acude el general Cuesta á contenerla, pero es atropellado y herido por los que, poseídos de un pánico terrible, nada podían escuchar, y en vano fué cuanto se hizo para contener el desorden.

Rota y desecha nuestra línea, cebáronse á su placer los jinetes franceses en los fugitivos españoles, siendo nuestra pérdida en la famosa derrota de diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, viéndose obligado Cuesta á buscar un refugio en la sierra que separa á Extremadura de Andalucía.

El general español castigó después severamente á los escuadrones que con su fuga habían ocasionado aquel descalabro, suspendiendo á tres coroneles y quitando una pistola á cada uno de los soldados hasta que recobraran su perdido honor, pero por de pronto aquella pérdida fué de gran trascendencia, dada la situación en que se encontraban nuestras tropas.

José juzgó esta ocasión favorable para entrar en tratos con la Junta Central, pero ésta, sin abatirse por los desastres sufridos, rechazó toda negociación que no tuviera por base la libertad de Fernando VII.

El sistema de prudente reserva que en Cataluña había aconsejado á Reding el mariscal de campo D. José Joaquín Martí, de no empeñar batalla alguna formal, sino molestar constantemente al enemigo al abrigo de las plazas, continuando la guerra por medio de partidas sueltas y emboscadas, para lo cual se presta tan admirablemente el terreno, sostenido durante algún tiempo, fué olvidado finalmente, y consecuencia de esto fué que los franceses, amagando un ataque por Capellades, atravesaron nuestra línea por la Llacuna, y después de varios hechos de armas sin importancia, el 24 de febrero, en las alturas de Valls, encontráronse ambos beligerantes, y empeñada una acción general, si bien en los primeros momentos pareció mostrársenos propicia la fortuna, reforzado por la tarde el enemigo, quedó rota nuestra línea por distintos puntos, declarándose en completa dispersión los españoles, y recibiendo cinco heridas su general, que á duras penas pudo refugiarse en Tarragona, donde falleció al poco tiempo.

Consecuencia de esto fué la entrada de los franceses en Reus, y quedar cortadas las comunicaciones entre Tarragona y el resto de España.

Sin embargo, el Principado no se abatió por esto, y Wimpfen, Milans y Clarós, al frente de diez mil migueletes y paisanos, arrojaron á Chabran de Igualada, y bloqueando á Barcelona, interceptaron sus comunicaciones con Saint-Cyr.

Este, sin poderse ya sostener en el campo de Tarragona por falta de víveres, retiróse hacia Barcelona, hostigado por los naturales, con el objeto de marchar después sobre Vich, y poner sitio á Gerona.

Tomó algunas providencias en Barcelona, que no hicieron más que disgustar al país, y penetrando á sangre y fuego los franceses por todas las poblaciones del tránsito hasta Vich, mientras el general Suchi conducía á Francia un numeroso convoy, en el cual iba el fruto de los latrocinios verificados hasta entonces y más de mil quinientos prisioneros, llegó á Vich, donde encontró abun-

dancia de víveres y donde pudo prepararse para el sitio memorable de la ciudad que había de inmortalizar el nombre de su ilustre defensor.

En todas las provincias de España, á semejanza de lo que en Cataluña sucedía, habían surgido partidas sueltas, bajo el mando de audaces guerrilleros, que mantenían en perpetua alarma al ejército francés, causándole más daño que el que recibía en las batallas campales.

Napoleon había dispuesto que Sout, después de haber dejado á Ney en Galicia, marchase á Portugal al frente del segundo cuerpo y parte del que había mandado Junot, formando un total de cuarenta mil hombres.

No pudo franquear el paso del Miño porque los españoles se lo impidieron, y entonces se decidió á hacer la invasión por la provincia de Orense; pero las turbas de paisanos, de tal modo le persiguieron y tan incesantemente le atacaron que, al pisar la frontera lusitana el 10 de marzo, llevaba ya perdidos gran número de soldados y multitud de piezas de artillería, lo cual influía en gran manera en la moral de sus soldados.

Apénas dió vista á Oporto, Sout, que se daba el título de gobernador de Portugal, intimó la rendición á la importante ciudad, y rechazada por ésta, ordenó el general el ataque, que comenzó á efectuarse el 9 del mencionado mes.

Extensas las líneas de defensa de la plaza, gente bisoña y allegadiza la encargada de defenderlas, no fué difícil al general francés romperlas inmediatamente y penetrar en la ciudad, haciendo la caballería terrible matanza.

Y para hacer más horrible el estrago, el puente sobre el Duero, al cual se lanzaba la multitud para huir del peligro, se hundió, pereciendo en esta catástrofe sobre cuatro mil personas, en su mayoría mujeres y niños.

Una vez dueño de la ciudad el mariscal Sout, dice un historiador que envió fuertes columnas á recorrer el país, lo que hicieron con escasa fortuna, y más que todo procuró granjearse el afecto de los ciudadanos de Oporto, dando su conducta motivo á que se dijera de él que, como Junot, aspiraba á ceñir la corona portuguesa. Sin comunicación con los generales que habían de sostenerle por el territorio español, recuperada por el general Silveira la plaza de Chaves el 20 de marzo, interceptadas las comunicaciones, la situación de los franceses en Oporto iba haciéndose cada vez más crítica. Sout no avanzaba á Lisboa, según se le tenía prevenido, no dilatando sus excursiones y correrías por aquella parte más allá de Vouga, y en este estado, el Gobierno británico, determinado á probar de nuevo fortuna en la Península, reforzó considerablemente las fuerzas que tenía en Portugal, y dió su mando á sir Arturo Wellesley, como indicamos en el capítulo CLXXII.

Quien desembarcó en Lisboa el 22 de abril y avanzó á Coimbra á la cabeza de veinte mil ingleses y ocho mil portugueses. Gran disgusto se notaba entre los franceses, aburridos y cansados todos con aquella clase de guerra y fomentando este gran descontento una sociedad secreta llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia el gobierno republicano. Con profundas raíces la conspiración en las tropas de Sout, hicieron proposiciones á Wellesley, que si bien fueron rechazadas, dieron ánimo al caudillo inglés para avanzar prontamente. Empezaron los combates el 10 y 11 de mayo, en las alturas de Grijó, de las que fueron arrojados los enemigos, y á la mañana siguiente portugueses é ingleses dieron vista á la ciudad de Oporto. Fiado Sout en la profunda y rápida corriente del Duero, creía poder retirarse tranquilamente á Galicia, pero ya una división inglesa había cruzado el río más arriba, y el Mariscal, atacado de improviso, en medio del día hubo de evacuar á Oporto después de sangriento choque en que sufrió grandes pérdidas. Desastrosa fué su retirada: cerrado por fuerzas inglesas y portuguesas el paso de Amarante, hubo de tomar por Braga y Chaves, echándose por medio de senderos estrechos y casi intransitables, después de destruir la artillería y los carruajes.

El tiempo era lluvioso, los trabajos grandes, la persecución y molestia de los paisanos continua; hombres y caballos se precipitaban por aquellos abismos y derrumbaderos, y así, quemando pueblos y perdiendo gente, llegaron los franceses á Montealegre el 17 de mayo, pasando la frontera á la mañana siguiente, y entraron en Lugo el 23, poco molestados por el paisanaje español, que estaba como desprevenido. Si el descuido de Sout en Oporto ha sido motejado por muchos, en cambio se reconoce generalmente que sin su celeridad y pericia difícilmente se hubiera libertado de caer en manos de los ingleses, que apenas le dejaban descansar, y que le cercaban por todas partes.

Entre tanto el marqués de la Romana, que había penetrado en Asturias para impulsar la insurrección de aquellas provincias, encontráronse con que las divergencias entre la Junta del Principado y alguno de sus caudillos, alejando al general Ney, le hicieron mover sus fuerzas obligando al de la Romana á retirarse mientras los franceses penetraban en Oviedo, saqueándola por espacio de tres días.



D. MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLXXVI.

Disposiciones de la Junta Central.—La inmortal Gerona.—D. Mariano Álvarez.

La acción de San Payo, de que hablamos en otra parte, unida á la retirada de Soult de Portugal, obligaron al general Ney á replegarse á Castilla.

Este movimiento lo verificó por el camino de Astorga, y verdaderamente fué una verdadera calamidad para los desdichados pueblos que encontró á su paso.

Pocos días después de haberse verificado la marcha de los franceses, el conde de Noroña, al frente de su división, entraba en la Coruña, en medio del alborozo de sus habitantes.

El día 10 de junio, por medio de un golpe de mano, el general Ballesteros, que, obligado por la necesidad, había tenido que abandonar las montañas de Covadonga, dirigiéndose á Castilla en busca de mantenimientos, se apoderó de Santander, pero procedió con tanto descuido, que, rehecho el enemigo, en la misma noche sorprendió á los españoles, y desordenádoslos por completo, tornó á apoderarse de la plaza.

Entre tanto el marqués de la Romana, que había entrado en la Coruña después de Noroña, suprimió todas las juntas de partido, estableciendo gobiernos militares, reforzó su ejército hasta diez y seis mil hombres, y bajó á Astorga, donde permaneció hasta el mes de agosto, en que fué nombrado para ocupar en la Junta Central la vacante ocurrida con motivo del fallecimiento del príncipe Pio.

Ya que aunque incidentalmente hemos nombrado á la Junta, veamos, según un historiador contemporáneo, lo que hacía el Gobierno de España en medio de su apurada situación. «Un decreto suyo luego de la rota de Medellín (18 de abril), declarando que nunca mudaría la Junta de residencia sino en caso de inminente peligro ó de exigirlo la pública utilidad, devolvió la tranquilidad á los ánimos agitados, por las veces de que trataba de trasladarse á América. En su sistema político continuaba la Junta, combatida por las dos opuestas tendencias que en ella hemos señalado desde su origen, y puede decirse que gastaba su existencia en pelear consigo misma, defraudando cuantas esperanzas se habían cifrado en ella, de que comunicaría vigoroso impulso á la resistencia del país. El partido reformador, prevaliéndose de las necesidades de la guerra, no dejaba, á pesar de su minoría, un solo instante de reposo á los vocales apegados más ó menos á las ideas de los reinados anteriores y, como en tiempo de Floridablanca, era la convocación de Cortes el punto que más los dividía. Temerosa la mayoría de la Junta del movimiento que á su alrededor observaba, de las tendencias que quizás descubría ó presentía, no osaba tomar determinación ninguna hasta que, por fin, reproducida por Jovellanos y Calvo de Rosas su combatida proposición (15 de abril), apoyándola en vigorosos discursos, acabó por ser admitida á examen. El mayor ensanche que por entonces se dió á la imprenta, manifestó igualmente que el partido reformador ganaba terreno en las regiones del Gobierno, expuesto á rencillas, odios y conjuros, y anonadado, por decirlo así, bajo los encontrados y complejos intereses, ideas y sistemas que sus miembros representaban, ofreciendo como en germen y en ebullición, mezclados y revueltos aun sin formas bien determinadas ni concretas, el espectáculo de los bandos en que no había de tardar en dividirse la nación española. Discutida en junta plena la proposición de llamar á Cortes, suscitáronse en su seno opiniones varias; mas al fin fué aprobada por la mayoría, tratándose luego de extender el decreto. Entre los votos había excedido á todos en el ensanche que quería dar á la convocatoria, el del baillío Valdés, quien asentaba que, excepto la religión católica y la conservación de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberían dejar aquellas instituciones alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. No prevaleció este dictamen, y en 22 de mayo se publicó el decreto, en el cual, templados por el consejo del ministro inglés Frere los términos en que quiso extenderlo el baillío, se limitaba la Junta á anunciar el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en el año próximo ó antes, si las circunstancias lo permitiesen. Acerca del modo de ser convocadas y constituidas, había de consultarse á varias corporaciones y personas, en tanto que una comisión de la Junta se ocuparía también en reconocer y preparar los trabajos necesarios.»

Poco tiempo antes la Junta, á fin de responder á las violencias del Gobierno francés con otras violencias también, dispuso que se confiscaran todos los bienes, derechos y acciones de los que seguían el partido francés.

De este modo iba la Junta Central atravesando su existencia, dictando providencias que parecían á veces contradecirse, haciendo presentir, sin embargo, dadas las corrientes que se advertían en ella, que no había de tardar mucho sin que se realizaran importantes cambios.

Entre tanto volvamos á fijar nuestras miradas en los campos de batalla.

A la rendición de Zaragoza siguió el señoreamiento de Jaca y Monzon, no consiguiéndolo de Mequinenza, cuyos viejos muros, defendidos por la guarnición y los moradores, auxiliados por los vecinos de los pueblos catalanes fronterizos, inutilizaron todos sus esfuerzos.

Ordenada por Napoleon desde Alemania la marcha de Soult á Portugal, según dejamos manifestado, quedó en Aragón el tercer cuerpo bajo el mando de Junot, á quien sucedió al poco tiempo Suchet, el cual dedicóse á moralizar, si así podemos expresarnos, las tropas confiadas á su cuidado.

Pero los españoles no le dieron tiempo para ello.

El nuevo ejército, denominado de Aragón y Valencia, cuya formación dispuso la Central el 2 de abril, confiábase á D. Joaquín Blake, el cual salió á campaña el 7 de mayo, y el día 23 derrotaba á Suchet en Alcañiz, obligándole á retirarse á Zaragoza herido y avergonzado.

No tuvo igual suerte en los dos combates del 15 y 18 de junio, y mientras Blake se retiraba hacia Cataluña, Suchet tornaba á apoderarse de Monzon.

Al mismo tiempo abortó también la conspiración para producir en Barcelona y pueblos de la campiña un alzamiento contra los franceses, y los patriotas Massana, Aulet, Pou, Navarro y el P. Gallifa pagaron con la vida en el suplicio, su odio á la extranjera tiranía.

El día 26 de julio tuvo lugar la famosa acción de Talavera de la Reina, de que hablamos en otro lugar, en la cual pelearon los españoles é ingleses bajo las órdenes del general D. Gregorio de la Cuesta y de Wellesley.

Las desavenencias ocurridas entre estos dos generales fueron causa de que, no solamente se dejase de sacar el partido que se debía de esta acción, sino que los españoles fuesen derrotados el 8 de agosto y el 11 del mismo mes, viéndose obligado el general Cuesta, abrumado de años, de disgustos y contrariedades, á dimitir el mando, sucediéndole D. Francisco Eguía.

La falta de subsistencias tenía recelosos á los ingleses, y aun cuando la Junta Central hizo todo lo posible por calmar á lord Wellington, éste, finalmente, fué á establecerse en la frontera de Portugal á principios de setiembre.

Entre tanto, en el otro extremo de España, Gerona renovaba las glorias de Zaragoza deteniendo ante sus muros por espacio de muchos meses á aquellas aguerridas huestes que parecían no encontrar enemigos suficientemente poderosos para resistirles.

«Será pasado por las armas el que profiera la palabra de capitular ó rendirse;» había dicho el gobernador D. Mariano Álvarez de Castro en un bando al aproximarse los franceses á Gerona, y efectivamente, nadie habló de capitular, aun viéndose cercados por numeroso ejército, desmanteladas las fortificaciones, diezmada la población por el hambre, la peste y las balas enemigas, y sufriendo todos los horrores consiguientes á un largo asedio.

«Desplomadas las casas, dice un historiador, desmpebradas las calles y remansadas las aguas en sus hoyos respirábase en Gerona un ambiente infecto, corrompido también con la putrefacción de los cadáveres que yacían insepultos en medio de escombros y ruinas. Los hospitales rebotaban de enfermos para quienes no había medicamentos. Las plantas no daban frutos, ni cría los animales. Los caballos se comían entre sí las crines, no se veían mujeres en cinta, falleciendo á veces de inanición en el regazo de las madres el fruto de sus entrañas.»

Todo este horrible cuadro llegó, finalmente, á hacer flaquear á los más decididos, pero únicamente Álvarez, sereno é impávido en medio de aquella espantosa desolación, todavía dió en aquellos días un bando concebido en estos términos:

«Sepan las tropas que guardan los primeros puntos, que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

Sin embargo, toda esta decisión fué inútil, porque Álvarez enfermó finalmente, y cuando, tanto Cataluña como el resto de España se ocupaban en acudir á salvarla, D. Julian Bolívar, que sucedió en el mando á Álvarez, entró en tratos con el enemigo, pactándose la capitulación con el mariscal Augereau, en virtud de la cual toda la guarnición había de salir con los honores de guerra y entrar en Francia como prisionera.

El 11 de diciembre los franceses entraron en la plaza por entre cadáveres y escombros. Sesenta mil balas y veinte mil bombas y granadas dispararon las cuarenta baterías francesas durante los siete meses del sitio, siendo las pérdidas de los españoles de nueve á diez mil personas, contándose entre ellos cuatro mil vecinos, mientras que las pérdidas de los franceses pasaron de veinte mil hombres.

Los clérigos regulares fueron deportados á Francia con la guarnición, faltándose con esto á lo capitulado, y lo que más repugna todavía, hay vehementes indicios, como dice un historiador, de que se dió inhumana muerte al valiente gobernador D. Mariano Álvarez, encerrado en un calabozo del castillo de San Fernando de Figueras.

En Cataluña habían alcanzado algunas pequeñas ventajas los migueletes y las tropas de línea, mientras que en Aragón, el brigadier D. Pedro Villacampa causaba también considerables bajas á los franceses en las sierras y desfiladeros de Albarracín.



J. SERRA, 19.

LH. VIDAL, 01 no. 27

BATALLA DE OCANA.